

# «El llanto y la risa forman parte de la vida»

**Rosa Cataldi** integra la Comisión de Eméritos, es traductora pública de Italiano y se encuentra en plena actividad profesional. En esta charla, cuenta sobre sus inicios en la carrera y en la profesión, sobre su relación con el trabajo y, también, sobre su vida familiar. «Uno debe fijarse una meta», aconseja a los colegas más jóvenes.



«Toda mi ascendencia es italiana», dice con entusiasmo y vitalidad la traductora pública de Italiano Rosa Cataldi, integrante de la Comisión de Eméritos. «Nací en este país, pero tengo dentro mío ese gran amor por Italia y su cultura».

Cuenta la traductora Cataldi que creció en el barrio de Villa Devoto, que hizo sus estudios secundarios en una escuela de monjas y que en ese entonces todavía no se conocía la carrera de traductorado público: «Yo quería ser traductora, así que cuando terminé la escuela hice el ingreso a la carrera, que se dictaba en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, y la terminé en la Facultad de Derecho, donde había empezado a dictarse». Corría el año 1969.

Los años de la universidad para la traductora Cataldi fueron hermosos: «Hice compañeros y amigos para toda la vida. Con algunos de ellos, sigo en contacto, aunque éramos pocos los traductores de Italiano — dado que la mayoría eran de inglés—; estábamos muy unidos».

También guarda recuerdos de sus docentes: «Me acuerdo especialmente de profesores como Ongaro y Mario Nitti». Y, también, de sus primeros contactos con el CTPCBA: «Apenas nos recibimos, conocimos al traductor Tsugimaru Tanoue en la sede de la calle Uruguay, donde había una oficina chiquita del Colegio. Después seguí conectada, pero con algunas intermitencias».

En los primeros años de su vida laboral, se dedicó a la tarea docente como maestra de grado y como profesora de Italiano. También tradujo algunos libros de religión para un colegio de monjas que ofició como cliente. Después llegó la etapa familiar. Se casó, tuvo tres hijos y se dedicó a ellos tiempo completo. Años más tarde, retomó la actividad profesional y comenzó a traducir documentos públicos (actas, poderes,

contratos, etcétera) junto a una colega. Una especialidad en la que aún hoy desenvuelve.

Tiempo después, la traductora Cataldi y algunas amigas fueron invitadas a la Comisión de Eméritos. «Me entusiasmé. Había varias colegas, fueron muy agradables todas y establecimos una relación hermosa. Hablamos de la profesión, los idiomas, el trabajo, los viajes. La pasamos muy bien. Se cuentan muchas anécdotas». Y también tiene tiempo para darse gustos y disfrutar de la lectura: «Me gusta mucho leer todo lo que sea para pensar y crecer espiritualmente. También me gusta ir al teatro y al cine, salgo mucho con amigos, me gusta disfrutar».

Y la traductora Cataldi sigue en actividad: «Actualmente, sigo traduciendo en forma tranquila, tomo los trabajos que me gusta hacer. Tengo una familia amplia y estoy desarrollando un emprendimiento urbano de construcción. Y, por sobre todas las cosas, me dedico a mis tres hijos y a mis tres nietos». Y también se toma una pausa para hablar de «lágrimas y sonrisas» a partir de su dolor personal, que pudo afrontar con el amor de quienes la rodean: «La profesión te relaciona con otros, uno entabla diálogos que son enriquecedores, y eso te puede servir en la vida. Lo comprobé cuando murió mi esposo. Hubo gente que me esperó y finalmente me siguió dando trabajo. Esa gente me decía que iba a volver a vivir cosas lindas, que se me iba a borrar el dolor. Hay que darles prioridad a las cosas que uno considera importantes, el llanto y la risa forman parte de la vida».

«Estoy muy contenta con la profesión. A los que se inician en la traducción les diría lo mismo que les digo a mis hijos: hay que tomar las cosas como si fuera el primer y el último día en la vida, con el mismo afán; nadie tiene la vida comprada. Hay que fijarse metas y prioridades. Uno debe fijarse una meta; un día la alcanzás y entonces podés vivir como decidís vivir».